

# El amor en Árbol-Lago-Cuervo

Bambina Barracuda



**El amor en  
Árbol-Lago-Cuervo**

## Capítulo 1

### **El amor en *Árbol-Lago-Cuervo***

Fíjate en este sitio: los edificios, los escombros, el polvo suspendido en el aire, las carreteras, las escuelas, los mercados bien abastecidos y los bichejos que buscan la humedad entre las cajas. Los coches, las motocicletas y los patines, los taxis y las manos alzadas que los invocan, los idiomas que escuchas, el sonido de los motores y las canciones. Fíjate en los pájaros que trinan en los árboles, en los charcos y en las zapatillas, en los calcetines. Obsérvalo todo, préstale atención. Si te concentras lo suficiente, creerás que esto estuvo aquí desde el principio, que siempre existieron los cordones y las rebajas, las hamburguesas, los botones, los tejados, los aviones, los descuentos, los vasos de cristal. Pensarás, cómo no, que están aquí porque *tienen* que estar.

Ahora fíjate en todo esto desde otra perspectiva: intenta observarlo con la parte más profunda de tu consciencia. Quítale los colores y los sonidos que desprende todo aquello que cubre este territorio. Deshazte de lo que crees saber sobre todo lo que te rodea. Así, la forma de las cosas es ridícula, se antoja poco eficiente, como una mala idea llevada demasiado lejos. ¿Por qué los edificios van para arriba? ¿Por qué los billetes grandes tienen que valer más que los pequeños? ¿Por qué las personas hablan idiomas diferentes en vez de hablar todos el mismo? ¿Por qué el rojo es "deténgase" y el verde "puede usted pasar"? ¿Por qué permitimos que las carreteras sean grises y no rosas? ¿A quién le gusta el gris?

Cuando admitas que todo cuanto te rodea (los edificios, los semáforos, las carreteras) está teñido de cierta ridiculez, comprenderás que te encuentras viviendo en una ciudad caduca que un día se verá cubierta de polvo y arena, de barro.

Esto me produce una rara sensación de alivio:

«Amigo mío, todo cuanto hagas será olvidado un día.»

Del mismo modo que las grandes poblaciones de la antigüedad fueron saqueadas, violadas, calcinadas y destruidas, las ciudades que ahora cubren la superficie terrestre también verán su final. No serán vándalos ni suevos, ni griegos, ni persas. Puede que la nueva ola de destrucción llegué de mano de armas químicas, ejecuciones hipotecarias masivas, burbujas inmobiliarias, catástrofes nucleares, aumento del nivel del mar, bacterias y virus mortales. O quizás ocurrirá de un modo paulatino, tan gradual que los habitantes pasarán de cosmopolitas a aldeanos en el transcurso de varios milenios. A lo mejor, en vez de morir de enfermedad, la ciudad que pisas conocerá su final tras una larga vida, un recorrido en que conocerá la gloria y también la pobreza y la crisis hasta que de ella no queden más que las leyendas que un anciano perturbado narrará a los árboles que les escuchen.

Sea como sea, el momento llegará: tu ciudad morirá, se convertirá en polvo y arena, en barro. Las demás ciudades, "hermanas" de esta, también llegarán a su final.

Polvo y arena, barro. De aquí surgirán nuevas arquitecturas conformadas por la mente humana. Justo aquí, o en otra parte, no importa. Pero ocurrirá donde antes había polvo, arena, barro. Habrá pasado tanto tiempo que poco importará qué y quiénes había en otros lugares, qué edificios existían y qué idioma hablaban esas personas.

“¿Cómo lavaban sus ropas los de *aquella* ciudad? ¿Cómo concebían a sus hijos? ¿Cómo se diría *milación* en su lengua? ¿Cómo? ¿No *milaban*? ¿Entonces cómo hacían para no morir?”

Esas preguntas ocuparán cierto espacio en las rutinas, pero no el suficiente como para despertar el interés por las ciudades antiguas (las gafas, los trenes, las televisiones). En las nuevas ciudades, como por ejemplo *Nubes-Belleza*, o en *Árbol-Lago-Cuervo*, las personas no trabajarán y pasarán el tiempo tocando las cosas y oliendo las cortezas de las secuoyas. No se limpiarán los dientes ni curarán sus heridas con vendajes o pociones, sino que beberán *milina* y expulsarán con el pis todo lo que perjudique a sus células.

Los nombres de estas ciudades no se pronunciarán, no tendrán letras, ni gloriosos himnos que hablen de la muerte: todo lo que deba saberse sobre ellas, se olerá en la piel de sus nativos, cuyo aroma hablará de una forma tan clara que nunca deberán abrir la boca y llegarán a perder sus cuerdas vocales.

En *Nubes-Belleza*, además, tendrán la manía de ir corriendo a todas partes, por lo que sudarán más que en *Árbol-Lago-Cuervo*. Así, cuando se comuniquen, los de *Nube-Belleza* parecerán más angustiados que los de *Árbol-Lago-Cuervo*, donde siempre se desplazarán caminando lentamente y olerán a tierra, por lo que los oriundos de *Nubes-Belleza* pensarán que sus vecinos del sur son un tanto melancólicos. Estas diferencias, por momentos motivo de divertidas e inocentes bromas, generarán tensiones entre estas dos ciudades, y guerras y revoluciones. Además, gracias a la *milación* los habitantes son inmortales, por lo que arrastrarán consigo todas las rabias y enemistades mientras puedan recordarlas, esto es, unos ciento veinticinco años.

Pongamos que un habitante (en el futuro existirán genitales, pero no *hombres* ni *mujeres*) de *Nubes-Belleza* quiere trasladarse a *Árbol-Lago-Cuervo*. Podría ser que sus viejas enemistades se opusiesen a ello, o que, olvidadas viejas rencillas, pudiese correr tranquilo por las tierras cercanas al gran lago o a los bosques. Sin embargo, su sudor haría pensar a los nativos que esta persona vive angustiada y con mucho estrés. Así, debería adaptarse a la manera de ser de los habitantes de *Árbol-Lago-Cuervo*.

Es que, en el futuro, como no morirán nunca y no pensarán en las edades ni en los años que tienen y no comprenderán que haya cosas que pasaron cuando ellos no existían, serán poco dados a la empatía:

“¿Qué es Jesucristo? ¿Qué es un seguro médico? ¿Qué significa la Muerte?”

Esto convertirá a la humanidad en un colectivo altivo y complaciente consigo mismo.

Pero así, un día, un nativo de otra ciudad que no es *Nubes-Belleza*, llegará dando brincos a los límites naturales de *Árbol-Lago-Viejo* (un valle

desierto, unas cuevas que desde la distancia parecen mil ojos negros y profundos). Olerá a las personas que le reciben, y sabrá donde está. Los nativos del lugar le olerán a él, y moverán sus brazos y harán dibujos en la tierra para comunicar lo poco que no pueden decir con su olor. A él se acercará otro habitante de *Árbol-Lago-Cuervo*, y le hará saber, con el lenguaje universal del olfato, que es una persona amable, más comprensivo de lo normal, puede que demasiado, divertido, buen cocinero, un tanto apesadumbrado por el mal tiempo que viene haciendo desde hace semanas.

El aroma ácido y salvaje del forastero querrá decir:

«Reconozco que estoy huyendo de otros, no quiero que me encuentren. Necesito refugio, comida, y algo de contacto humano.»

Los dos vivirán juntos en uno de los ojos de la montaña, cerca de los límites de la ciudad.

El nativo le hace saber al forastero que no debe estar preocupado, que tiene milina suficiente para ambos. El forastero, despreocupado, asentirá y se quitará la ropa. Copularán durante dos días y dos noches, y del vientre de uno de los dos emergerán dos criaturas iguales que venderán por cierto número de dosis de milina a una familia de esclavistas. Al poner en orden su suministro de milina, el nativo le haría saber al forastero que no entiende cómo es que tienen tal cantidad del líquido. Según sus apreciaciones, deberían tener mucho menos de lo que tienen.

El forastero admitirá entonces que lleva años sin tomar la milina.

«¿Por eso estás más viejo?»

«Sí.»

«Entonces morirás.»

El forastero se encogerá de hombros, y juntos caminarán por la ciudad. Al forastero aún le costará no desplazarse con los saltitos propios de su tierra natal, pero entiende que en este lugar sería raro, e intenta caminar con esos pasitos cortos que convierten los trayectos en una pesada eternidad. Los habitantes de *Árbol-Lago-Cuervo* vivirán en huecos profundos y dormirán once horas al día. Los que necesiten milina venderán su esfuerzo o a sus hijos para obtener milina y no morir, y, más allá, donde los invernaderos de cristal, donde crece la milina, habrá familias pudientes que no necesitan tener hijos, ni pescar, ni cazar. Todos los habitantes de ciudades como *Árbol-Lago-Cuervo* o *Nubes-Belleza* habrán habitado lugares como ese durante siglos, en distintas épocas. Solo en épocas de guerras o escasez de milina (realidades prácticamente simultáneas) existirá un trasvase entre los que ocupan los invernaderos y quienes viven en los huecos o en las grutas de la frontera. Pero nadie vivirá estresado por esa realidad, nadie correrá a romper los invernaderos y a asesinar a los poseedores de milina; todos saben que solo tienen que esperar a la próxima nube de polvo, a la próxima guerra entre los clanes poseedores de la planta de la milina, a la próxima gran tormenta.

Un día, paseando lentamente entre los árboles secos cogidos de la mano, el nativo se detendrá, cogerá un palo y hará dibujos en la tierra:

«Aquí antes había un lago. Un forastero llegó aquí y plantó verduras.»

Luego plantó árboles. Ese hombre murió, porque aún no existía la milina, y luego llegaron los cuervos...»

El forastero, seducido por la historia, le pedirá más detalles, y el nativo estará muy feliz, porque no habrá visto nunca a nadie con tanto deseo de conocer, con esa sed, esa ansia enfermiza por comprenderlo todo. Los habitantes de *Árbol-Lago-Cuervo*, ni siquiera saben de dónde sale la milina; no se lo cuestionan, está allí y punto.

El nativo, radiante de emoción, desprenderá un olor nuevo, dulzón, atrayente:

«Volvamos a casa. Hagamos más hijos.»

«Pero no habrá milina para todos. Quizás ellos sí quieran vivir para siempre.»

«No importa. Ellos harán lo que quieran.»

Durante años, el forastero y el nativo tendrán hijos, y no venderán a ninguno de ellos. Las cuevas de la frontera se verán muy pronto pobladas de jóvenes libres que viven sin milina. Varios de ellos huirán de *Árbol-Lago-Cuervo* a otras ciudades, o se harán nómadas y fundarán nuevos clanes que recorrerán un mundo inhóspito e inexplorado, amplias extensiones de polvo, arena y barro, y caminarán, sin saberlo, sobre antiguas y deseadas ciudades de las que ya no quedará ni el nombre. Otros de los hijos optarán por tomar la milina, y abandonarán los huevos de las montañas, incomprendidos por sus padres, que sí se acercan a la muerte.

El primero en morir será el forastero. Será un paso natural, ya que habrá abandonado la milina antes que el nativo. El nativo llorará su muerte, se rasgará la piel por el dolor, y los descendientes también llorarán. Estos sentirán el extraño deseo de cavar un hoyo e introducir en él a su padre, a su abuelo. Y sobre ese raro sepulcro se arrodillarán y mirarán al cielo, o a la tierra, o al horizonte, allá donde crean que debe ir todo aquello que deja de existir, de *ser*. Los demás nativos de *Árbol-Lago-Cuervo* asistirán maravillados a este ritual nuevo y sus ojos se humedecerán. Comenzarán, en algunos rincones de esta ciudad y de otras, a aparecer familias enteras que abandonan la milina. Por esto, ciudades enteras, como *Árbol-Lago-Cuervo*, *Nubes-Belleza* o la vieja tierra del forastero, se verán reducidas primero a aldeas, y luego a campamentos, y más tarde un último viajero pasará por allí, se bajará del burro y buscará cobijo en una gruta de la montaña. Allí encontrará viejos cacharros, y envases de vidrio con un olor raro. Pero este hombre no sabrá qué narices es eso, ni sabrá lo que fue la milina, y se quedará quieto junto a su burro, a morir tranquilo donde le dé el viento en la cara.

Después, polvo, arena, barro. Erupciones, tormentas, sequías y glaciaciones. Y quizás, en otro lugar, en otro momento, sobre una ciudad sin nombre, un humano hará un alto en el camino, observará un hermoso amanecer y construirá un pequeño refugio con lo que tenga a mano. Y después, un fuego, y trampas para las bestias. Y más tarde, luces históricas, estruendos metálicos, vehículos que trazan estelas en cielo, y un puerto para ellos con el nombre del primer *nativo*.